

# LATORRE Y LA VOCACION MARITIMA DE CHILE

Oscar Espinosa Moraga

## A MODO DE PROLOGO

**A** escasas figuras debe tanto Chile como al almirante Juan José Latorre. Cumplido ya el centenario de la acción de Angamos, que lo proyectó ante el mundo como un auténtico estratega, nos proponemos diseñar los multifacéticos rasgos de su personalidad fulgurante.

No nos habría sido posible redactar este bosquejo si no hubiéramos contado con el voluminoso archivo privado y recuerdos familiares que, con generosidad, nos proporcionó nuestro respetado amigo don Juan José Latorre Moreno, depositario intelectual de un ancestro que hiende sus raíces en nuestro pasado colonial.

No menos valiosas fueron las indicaciones de don Mario Benavente Boizard, que nos iluminaron la ruta de los archivos parroquiales en pos de los antepasados Latorre Benavente.

## PRIMERA PARTE

### EL MARINO

#### El escenario histórico

Con un frente oceánico increíblemente similar a nuestra posición geográfica y con sus minúsculos 90.000 Km<sup>2</sup>, el Portugal de los siglos XV y XVI dominó los mares, penetró los arcanos del Oriente y se colocó a la cabeza del mundo de entonces.

Pueblo dotado de un curioso sentido realista, supo ensamblar la actividad comercial con la agrícola y marinera. Nuestro caso fue un tanto diferente.

La lucha de Arauco, que consumió nuestras mejores energías, el enclaustramiento que nos impuso el monopolio comercial español y la no menos áspera tarea de subsistir en un medio que nos obliga a arrancarle a la tierra sus riquezas a costa de ingentes sacrificios, nos volcó casi insensiblemente a la explotación agrícola del valle Central.

El imperativo vital de la supervivencia conspiró, pues, hasta bien avanzado el siglo XIX para descubrir nuestro verdadero destino oceánico.

Fue la emancipación política la que nos señaló la ruta del Pacífico.

Consolidada la unidad interna, nuestras banderas navegaron hasta las más remotas latitudes. Australia, Polinesia, el Asia continental, comenzaron a conocer y a respetar nuestro pabellón tricolor y apreciar nuestras riquezas naturales.

En la misma medida que las demás secciones americanas fueron estructurándose en Estados, en forma casi insensible fue generándose un marcado sentimiento nacionalista, peligrosamente orientado a desplazar al hermano de ayer en la lucha libertaria.

Factores adversos, que escapan de los modestos marcos de este bosquejo, nos precipitaron del sitial rector que habíamos conquistado merced a nuestro empuje creador.

El año 1879 aparece teñido con negros nubarrones.

Antiguas disputas limítrofes nos distanciaban de Argentina y Bolivia. La lucha por el predominio en el Pacífico Sur nos separaba de Perú. A pesar de los esfuerzos pacifistas casi suicidas del Presidente Pinto, el choque armado estalló al fin en condiciones muy desventajosas para Chile, que se encontraba en absoluto estado de indefensión.

Para colmo de males, el jefe de la escuadra, almirante Williams Rebolledo, no se encontraba en condiciones de hacer frente a los acontecimientos.

A la fecha del estallido del conflicto no era más que una reliquia del viejo pasado.

Así, pues, la serie ininterrumpida

de errores cometidos durante esta primera etapa de la guerra obedecieron a un común denominador: la ausencia de imaginación del chileno para prever los aspectos más ingenuos de la vida.

Discurriendo sobre esta base, la gloria de Grau, de haber puesto en jaque durante casi cinco meses a la escuadra chilena, que disponía de dos acorazados superiores al Huáscar en todo sentido, descansa en el hecho de que al frente de ella se encontraba un hombre que carecía de las condiciones necesarias para dirigirla.

“Es cosa de desesperar —confidenció— Antonio Varas a Santa María el 29 de Julio de 1879— esto de no hallar a quien confiarle la escuadra, que tenga el espíritu que las operaciones de mar requieren”.

Tal era el panorama cuando le cupo entrar en escena al almirante Latorre.

### El mandato ancestral

Nacido en Santiago el 24 de Marzo de 1846 (1), Juan José Francisco Latorre Benavente provenía de una distinguida familia, que desde los lejanos días de la conquista había derramado generosamente su sangre forjando la grandeza de Chile.

Su padre, don Elías Latorre, había nacido en Cuzco hacia 1805, en el seno de una familia constituida por don Ignacio Latorre y doña Francisca Morales. Trasplantado al Altiplano hacia los últimos días de la administración Santa Cruz, pasó a Chile para establecerse en él definitivamente, a la sombra del auge que cobraba el país merced a la organización portaliana y el ímpetu creador del Presidente Prieto.

El gobierno emergente de Yungay lo nombró vicecónsul de Bolivia en Valparaíso y Santiago (2). En el transcurso

de su misión conoció a la que iba a ser su mujer, doña Nicomedia Benavente Valenzuela, sobrina de don Diego José Benavente, a quien habría de corresponderle firmar en 1855 el tratado que fijó entre Chile y la Argentina el *uti possidetis* como regla de fijación de fronteras y el arbitraje, única fórmula para resolver los conflictos que se suscitaban entre los dos países.

El fundador del apellido Benavente, el extremeño don Juan de Benavente y Sánchez, había llegado a nuestro país por 1745. Teniente coronel de infantería y comandante de la Plaza de Santa Juana, había casado en Concepción con doña María Antonia de Roa y Alarcón Cortés, hija del Corregidor don Francisco Pascual de Roa y Moraga, descendiente directo de los conquistadores don Hernando Moraga Galindo (fundador de Osorno), don Fernando de Cea y Angulo (Corregidor de Chillán y Concepción) y don Francisco Ortiz de Ateñas (fundador de Chillán y entroncado con don Pedro de Valdivia).

Su hijo, don Pedro José Benavente y Roa había casado, a su vez, con su prima doña Ana María Bustamante y Roa. Siguiendo la vocación ancestral del servicio público se desempeñó como alcalde de la ciudad penquista, llegando a ser su primer intendente patriota.

Producido el desastre de Rancagua algunos miembros de la familia se radicaron en Mendoza, con suerte asaz trágica. Fue en esta ciudad donde un hijo de don Pedro, don Juan José Benavente Bustamante, casó con la dama mendocina doña Marta Valenzuela Quintana, probablemente de origen colchagüino; de esta unión provenía doña Nicomedia.

Después de Maipú el matrimonio Benavente Valenzuela se estableció en Santiago y luego en Valparaíso, donde la madre del héroe de Angamos conoció al que iba a ser su marido, don Elías Latorre.

Allí contrajeron matrimonio, en la Parroquia del Salvador, el 9 de Mayo de 1842. (3)

La feliz pareja discurría su existencia entre Valparaíso y Santiago, debido a las múltiples actividades del jefe del hogar. En ambos lugares, indistintamente fueron naciendo Juan José Francisco, Ignacio, Elías, Fernando Adolfo, Laura, María Rosa Alejandrina, Calixto y Nicomedia.

Y cuando nada hacía presagiar un fatal desenlace, sorpresivamente, el 5 de Julio de 1855, falleció don Elías, dejando a su viuda y tiernos hijos sumidos en la desesperación. (4)

Elías y Fernando Adolfo se trasladaron a Lima al lado de su familia paterna. El primero ingresó en 1862 al ejército; el año 1879 lo sorprendió sirviendo en la batería Ayacucho de El Callao; peleó toda la guerra, muriendo años más tarde soltero. Su hermano Fernando Adolfo, de apenas un año a la muerte de su padre, casó en Lima con su prima Virginia de la Torre; no tuvieron descendencia.

## EL IMPERATIVO MARITIMO

A todo esto, cuál había sido la suerte de nuestro héroe.

Del Colegio Inglés de Valparaíso, donde cursó sus primeros estudios, en 1858 el joven Juan José pasó a la Escuela Militar, destacando como alumno aventajado. Ello no fue óbice para que, pagando tributo al natural temperamento travieso e irresponsable de la juventud, sufriera 6 meses de arresto por haber abandonado su barco, el 5 de Diciembre de 1862. (5)

Pequeño de estatura, de complexión delgada, Latorre estaba dotado de un temperamento frío y calculador, animado de una voluntad de hierro, un

valor a toda prueba y un recio sentimiento nacionalista.

La guerra con España lo sorprende cuando aún no cumplía los 20 años. Participó con fiero valor en la captura de la "Covadonga", que determinó el suicidio del almirante español Pareja.

Vienen luego los largos y azarosos años de adiestramiento en los canales, auténtica escuela del hombre de mar.

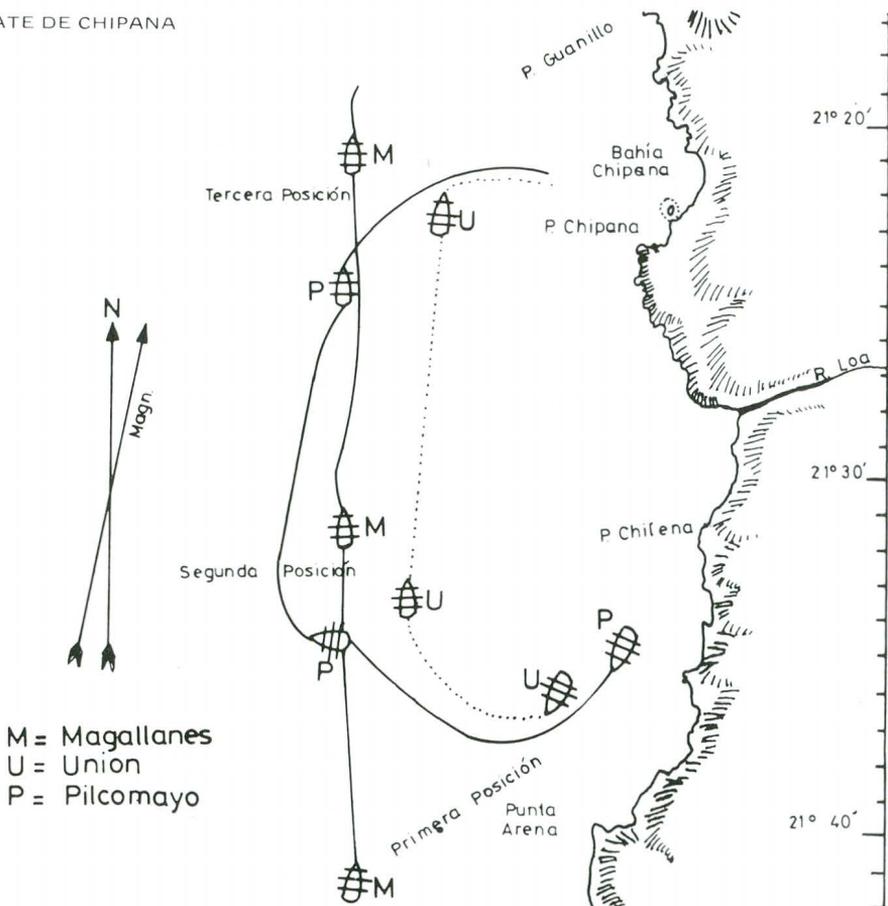
Se encontraba de estación en Punta Arenas, al mando de la flamante cañonera "Magallanes", construida expresamente para preservar nuestros dominios patagónicos, cuando recibe la orden de dirigirse al río Santa Cruz en el litoral atlántico chileno, disputado por Argentina, para apresarse un barco que estaba cargando guano sin autorización del gobierno chileno.

Al mediodía del 27 de Febrero de 1876, Latorre llegó al punto amagado, donde encontró a la barca francesa "Jeanne Amelie" operando con autorización del cónsul general de Argentina en Montevideo. La inspección ocular reveló que la nave había copado sus paños con el abono extraído de la Isla Monte de León.

Latorre procedió a apresarlos y trasladar nave y pasajeros a Punta Arenas, para someterlos a proceso.

A la cuadra de Cabo Vírgenes los sorprendió un violento temporal, que los obligó a buscar abrigo en Punta Dungeness. Empero, el comandante debió resignarse a abandonar la nave embarcando en la "Magallanes" a toda la tripulación, para llegar sin novedad a Punta Arenas el día 3 de Mayo de 1876.

#### COMBATE DE CHIPANA



El sumario determinó que el percance se había originado por una fuerza mayor.

Luego de un debatido juicio de comiso, el 19 de Octubre del mismo año la Corte Suprema confirmó la soberanía chilena al Sur del río Santa Cruz.

En los años siguientes, Latorre se concretó a realizar valiosos trabajos hidrográficos en la zona comprendida entre el Skyring y el Estrecho de Magallanes, apenas diseñada por los ingleses, junto a los tenientes Juan M. Simpson, J. Federico Chaigneau, Juan Tomás Rogers y el joven naturalista Enrique Ibar Bruce.

### CHIPANA E IQUIQUE LE ABREN LAS PUERTAS DE LA GLORIA

Se encontraba Latorre en plena labor hidrográfica cuando, el 23 de Febrero de 1879, lo sorprendió la orden de enfilarse proa al Norte a toda máquina

para incorporarse a la escuadra. Había estallado la guerra.

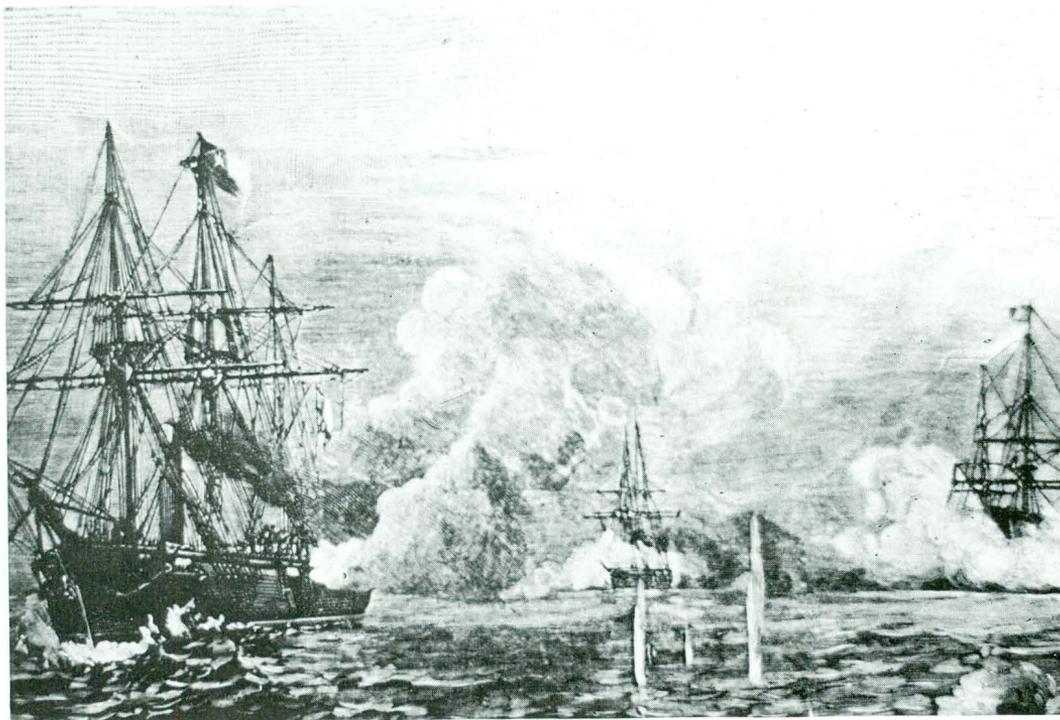
En una de sus primeras misiones recibió el encargo de llevar la correspondencia del Presidente Pinto al ministro Sotomayor, de estación en Iquique.

Al pasar a la cuadra de Chipana, el 12 de Abril, se enfrenta con la "Unión" y la "Pilcomayo", que viajaban en convoy al Sur.

No obstante que todas las posibilidades estaban en su contra, Latorre resolvió abrirse paso a través de una granizada de proyectiles.

Dejando atrás a la "Pilcomayo", de menor andar, trabó luego singular combate con la "Unión".

La suerte, su fiel compañera, no lo abandonó. Una granada impactó la nave peruana, dejándola fuera de combate.



COMBATE NAVAL DE CHIPANA

Sin dejarse envanecer por el triunfo, nuestro héroe continuó imperturbable la marcha rumbo a su destino.

La audaz acción, amén del ascendiente que tenía sobre sus subalternos y compañeros de generación, lo señalaron como el hombre indicado para comandar en jefe las operaciones.

La decisión, empero, debió esperar un tiempo más.

Cuando todo presagiaba un desastre total sobrevino el 21 de Mayo. El sacrificio de Prat electrizó al país insuflándole un espíritu bélico arrollador que culminó con la toma del Morro de Arica y la caída de Lima. La derrota de la "Independencia" por la débil "Covadonga", junto con reducir a la mitad el poder naval enemigo puso de relieve el genio táctico de Condell, símbolo de una raza pacífica, frívola, casi abúlica, pero celosa custodia del honor nacional.

No acababan de extinguirse los vítores de entusiasmo cuando un nuevo hecho vuelve a estremecer a la opinión.

Luego de una corta permanencia en El Callao para limpiar los fondos y recorrer las máquinas del "Huáscar", el 9 de Julio Grau reapareció en Iquique en pos de la "Abtao", que se encontraba en el puerto reparando algunos desperfectos.

Oportunamente informado, el comandante chileno había emprendido rumbo al Sur ese mismo día.

Resuelto a darle caza, el "Huáscar" siguió su estela escontrándose en el trayecto con el "Matías Cousiño", que doña Isidora Goyenechea había cedido al gobierno como buque carbonero.

Sin decir agua va, Grau les descestró un cañonazo a boca de jarro, resuelto a echarlo a pique. Eran las 2.30 de la madrugada del día 10. En esos

mismos instantes cruzaba la bahía Latorre con su "Magallanes". La distancia, 300 metros, sólo permitió utilizar la fusilería y ametralladoras.

Enardecido, Grau intentó tres veces espolar la débil cañonera, pero otras tantas Latorre escabulló el bulto. En una de estas escaramuzas logró asestar al acorazado una bala que penetró en el blindaje de hierro, a flor de agua.

La oportuna llegada del "Cochrane" obligó al "Huáscar" a emprender la fuga. En la refriega, el "Huáscar" no logró acertar ninguno de los 6 disparos de grueso calibre.

La "Magallanes" sólo tuvo 3 heridos por el fuego de fusilería.

### ANGAMOS, FIN DE UN MITO

El nombre de Latorre emergió como uno de los más capaces de poner fin a las correrías de la escuadra peruana.

El apego religioso a la antigüedad y al grado se erigían, no obstante, en serio obstáculo para entregarle el comando en jefe de la escuadra.

A la postre, se resolvió designar a Galvarino Riveros Jefe de la Escuadra y a Latorre se le entregó el "Cochrane" con las jinetas de capitán de navío y el encargo de acabar con Grau a cualquier precio (Agosto de 1879).

No obstante que ya había probado el valer marinero de Latorre, Grau cometió la bisoñada de creer que las cosas no habían experimentado un cambio radical con el alejamiento de Williams.

Así, pues, lejos de regresar a El Callao para recorrer los fondos y dejar en pie de eficiencia su nave, el 2 de Octubre emprendió rumbo al Sur con la certidumbre de agregar nuevos trofeos a su ya dilatada compañía naval.



JUAN JOSE LATORRE BENAVENTE (1846 — 1912)

Impuesto de sus intenciones, Sotomayor ideó un plan de ataque. El 7, Riveros y Latorre se dieron cita en Mejillones.

Mientras al primero se le instruyó seguir en convoy abierto a Antofagasta, para cubrir un horizonte más amplio, Latorre recibió la orden de hacer el cru-

ceros frente a la rada, a 20 millas de la costa.

A las 3.15 horas del día 8 el "Huáscar" y la "Unión" enfrentaron en Antofagasta al "Blanco", que venía escoltado por la "Covadonga" y el "Matías Cousiño".

Sin pensarlo dos veces, Grau enfiló rápidamente hacia el Oeste para caer al Norte, perseguido por los chilenos. La notoria diferencia de andar le permitió distanciarlos en pocos momentos.

"Cuando vimos que el Blanco nos seguía en la madrugada del 8 de Octubre —había de recordar días más tarde un prisionero testigo presencial del "Huáscar— no tuvimos el menor temor, "y después de haberle dado toda la fuerza a la máquina y de haber dejado muy atrás al buque chileno, el comandante ordenó una marcha más lenta". (6)

A las 7.15 horas la división peruana se encontró a boca de jarro con el "Cochrane", el "Loa" y la "O'Higgins", a la cuadra de Mejillones.

Con la ostensible intención de dividir las fuerzas enemigas, Grau ordenó por señas a la "Unión" que: "continuar rumbo al Norte", arrastrando a la "O'Higgins" y al "Loa" a una persecución estéril. (7)

Entretanto, Grau había enfilado proa a la costa para intentar pasar también al Norte, seguido de cerca por Latorre, que acortaba distancia a toda máquina. (8)

A las 9.15 el blindado peruano abrió fuego a 3.000 metros. Latorre, impasible como en Chipana, continuó su marcha sin contestar, bajo una granizada de balas. Cuando estuvo a 2.200 metros lanzó su primera andanada. Eran las 9.40. Una granada dio en plena torre de combate, matando 12 hombres. Un segundo cañonazo abatió el gobierno. Un cuarto penetró en el puente de mando haciendo pedazos a Grau.

"A los primeros tiros del Cochrane —narra el testigo presencial aludido— se descompuso la torre del monitor; no giraba bien y se llamó a un alemán

"mecánico, que no tenía que hacer otra cosa que revisarla para que la compu-siera; pero eran tantos los disparos y la confusión y el ruido que formaban las granadas al estallar dentro del buque y la gente que moría, que el alemán dijo que la descompostura era sin remedio. Se retiró de ahí y se fue a colocar en uno de los entrepuentes inferiores. Ya se sabía que el almirante Grau había desaparecido, y los otros comandantes mandaban llamar al alemán para que fuera a componer la torre, pero inada! Este hombre armado de un fusil no quiso moverse del lugar en que se había colocado. Creía encontrar una muerte segura saliendo a componerla. Así, pues, no podíamos disparar con la oportunidad debida".

Desmoralizada, la tripulación se apresuró a arriar la bandera. Eran las 10.10 horas.

Instantes más tarde volvió a flamear el pabellón reiniciándose una escaramuza sin destino, pues el "Huáscar" estaba prácticamente anulado. Nuevas descargas lo volvieron a dejar sin gobierno.

En esos mismos momentos, y cuando todo estaba consumado, irrumpió Riveros, que acababa de llegar de su persecución, con tal ímpetu imprudente que a no mediar un diestro guiño de Latorre habría embestido al "Cochrane" con resultados imprevisibles.

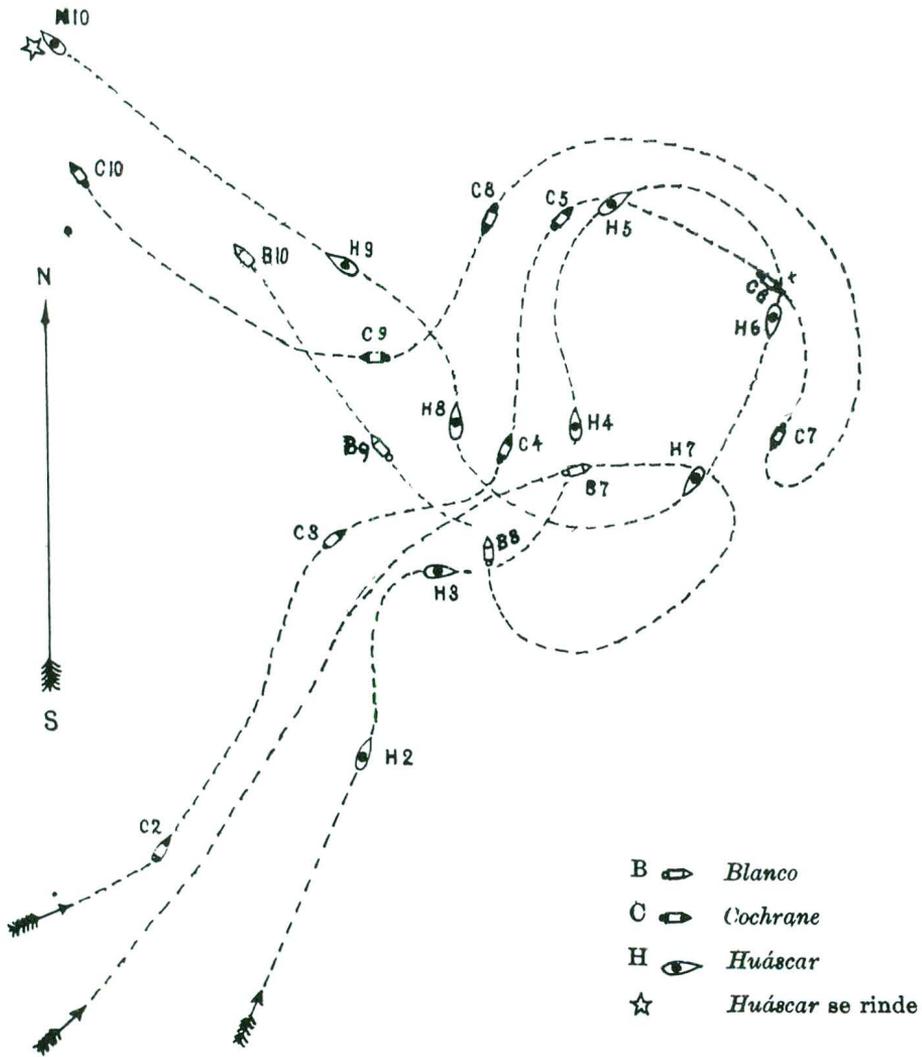
Sin jefe responsable, a las 10.55 la dotación del monitor peruano arrió definitivamente el emblema nacional.

A la postre, el "Cochrane" recibió 5 balazos, uno de ellos del "Blanco", que le ocasionó las únicas 10 bajas: 1 muerto y 9 heridos. (9)

El acorazado peruano recibió 11 impactos en el casco y tuvo 65 muertos. Se hicieron 140 prisioneros, 10 de los cuales estaban heridos.

# COMBATE DE ANGAMOS

8 de Octubre de 1879.

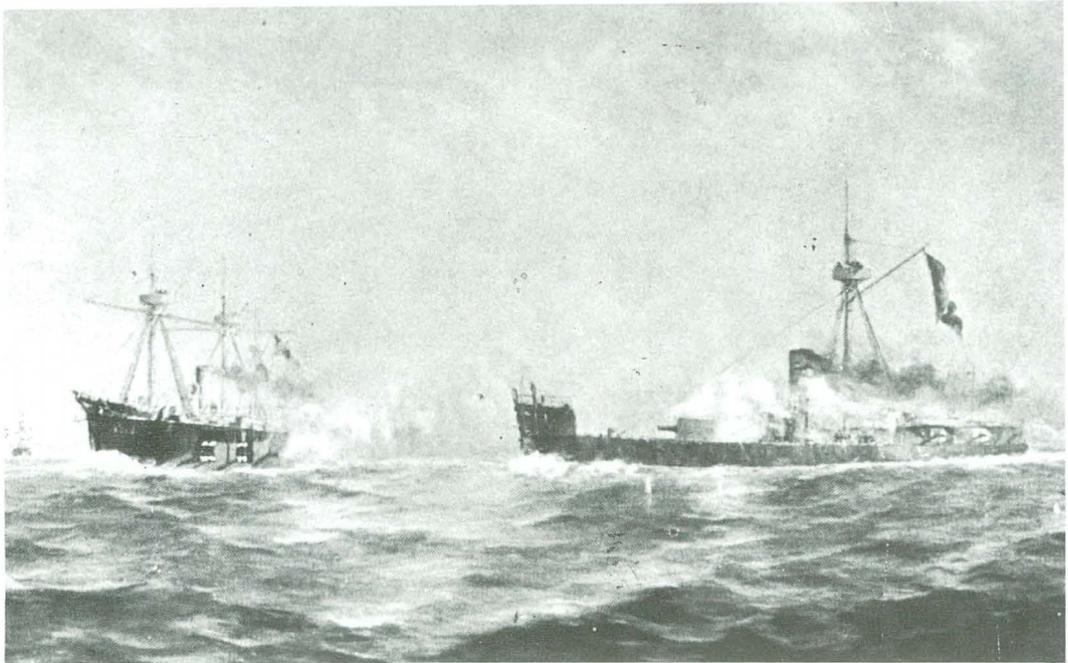


El comando de Latorre no sólo aventó como pompas de jabón la legendaria carrera de Grau, barriendo con los últimos restos de la escuadra peruana, sino que revolucionó las tácticas de la guerra naval.

Los círculos especializados más se-

veros del momento aplaudieron sin reserva la astucia del oficial sudamericano.

Alejado Riveros, como comandante en jefe de la escuadra durante los años 1882 a 1884, Latorre destacó por su espíritu organizador y golpe de vista.



COMBATE DE ANGAMOS. OLEO DE ALVARO CASANOVA ZENTENO.  
ESTADO MAYOR GENERAL DE LA ARMADA.

### DOÑA JULIA MORENO

En uno de sus viajes a Valparaíso, el 6 de Mayo de 1882, Latorre casó con doña Julia María del Carmen Moreno Zuleta. Nacida en Caldera el 15 de Septiembre de 1863, la agraciada joven provenía de una estirpe de pura cepa nortina.

Su padre, don José Antonio Moreno había nacido por 1812 en alguno de los pueblos del departamento de Copiapó. Hijo natural de padres no conocidos, de la nada, merced a su esfuerzo y tenacidad no sólo logró amasar una de las fortunas más grandes de la época, sino que al lado de Diego de Almeyda recorrió palmo a palmo el

litoral y el desierto de Atacama, develando sus arcanos y proyectando la soberanía chilena sobre el extremo Norte del país. El 26 de Junio de 1857 había casado en Copiapó con doña Delfina Zuleta, nacida allí 22 años antes en el seno de la familia formada por don Hipólito Zuleta y doña Bernarda Hidalgo; la velación se efectuó el 3 de Noviembre de 1860 en la misma parroquia de Nuestra Señora del Rosario (10). De esta unión nacieron José Antonio, que murió soltero, y Julia.

No obstante los siniestros vaticinios de Rodolfo Amando Philippi, sabio de gabinete contratado por el gobierno, el empecinado pionero descu-

brío al fin salitre en Taltal. Valiéndose de informaciones proporcionadas por su socio Nicolás Pérez, que iba tras vetas argentíferas, descubrió un valioso mineral de cobre en el litoral de Atacama, que bautizó con el sugestivo nombre de El Cobre. En menos de 10 años amasó la mayor fortuna del país. Hombre de gran mundo, supo combinar la agitada vida del desierto con los refinamientos de los grandes salones. Cuando Philippi lo visitó en el Paposó, en el verano de 1853, el champaña se servía con generosa abundancia en los comedores del célebre manco. En este lapso fundó las poblaciones mineras Garín Nuevo, Paposó y Taltal. Espíritu visionario, introdujo maquinarias europeas destinadas a racionalizar las actividades mineras. Vinculó el ferrocarril con el vapor, iniciando una activa corriente comercial con Inglaterra. Asociado a Juan Esteban Garnham Orrego, casado con su hija natural María Moreno (11), echó las bases de una importante casa comercial en Valparaíso: José Antonio Moreno y Cía., con barcos propios que cubrían la ruta del litoral atacameño con Europa (12). En la cúspide de su meteórica carrera llegó a ser conocido como "el hombre del cobre" de Chile. Atacado de cruel enfermedad cuando apenas había franqueado la cincuentena, vino a morir en Santiago a la una de la madrugada del 7 de Noviembre de 1865 (13). A la fecha de su inesperado desaparecimiento su fortuna redondeaba los dos millones de pesos oro.

"Ha dejado de existir en esta ciudad —expresó sinceramente conmovido El Ferrocarril al día siguiente— el "respetable caballero don José Antonio Moreno. Su muerte es no sólo una "inmensa pérdida para su familia, lo es "también para el país entero y especialmente para la industria del Norte, a "que dio tan inmenso desarrollo. La "muerte de este hombre laborioso y "emprendedor es una pérdida de mucha

"consideración para la provincia de "Atacama no solamente por los fuertes "capitales que empleaba, con los cuales "daba trabajo a más de 1.000 hombres, "sino para todos sus amigos que conocían su mérito, para los establecimientos de beneficencia que auxiliaba con "generosidad y para todos los infelices "para quienes siempre tuvo abierta su "mano. Apenas llegó a Copiapó la noticia del atentado de Pareja, él desde su "lecho en que se hallaba agonizante, "olvidó su terrible situación y lleno de "entusiasmo ofreció sus servicios y su "fortuna para defender la honra del "país".

Curiosamente, los diarios de Copiapó y Valparaíso no dijeron una palabra para rendir homenaje a su leal y abnegado hijo.

La posteridad no ha tenido a bien castigarlo con el bronce. Su obra lo inmortalizó.

Un año más tarde su viuda adquirió, en el Cementerio General, el mausoleo que albergaría los restos del esforzado pionero del cobre y del que en el correr del tiempo habría de ser su hijo político, el almirante Latorre.

Dueña de una inmensa fortuna y con dos hijos de tierna edad, doña Delina debió ponerse a la cabeza de las innumerables empresas de su marido.

El 10 de Agosto de 1870 (14) casó con el Dr. Rafael Tomás Barazarte Oliva, de dilatada trayectoria. Nacido en Talca el 8 de Setiembre de 1838, había recibido su título de médico cirujano en 1862. Luego de ejercer en Ancud y Vallenar se embarcó en la "Esmeralda", participando en la acción de Papudo, donde recibiera su bautismo de fuego Latorre. Concluida la guerra, en 1868 se radicó en Copiapó ejerciendo como médico del hospital. Allí conoció a la joven viuda.

Su unión a doña Delfina determinó un cambio radical en su existencia. Heredero de los secretos del empresario minero, Barazarte abandonó su profesión para consagrarse durante los 13 años siguientes a recorrer toda la región del Chañaral a Antofagasta.

A la postre, sus esfuerzos fueron coronados por el triunfo. En 1880 descubrió el mineral Cachinal de la Sierra, al interior del Paposó.

Dueño de una considerable fortuna, ayudó generosamente al gobierno durante la Guerra del Pacífico. Siguiendo las aguas de Moreno, no hubo obra de beneficencia que no recibiera su aporte y estímulo generoso.

Dotado de una sensibilidad de alma no común, fue para Julia un auténtico padre y apoyo moral. En su mansión de Valparaíso se realizó el matrimonio con el héroe de Angamos, que revistió los caracteres de un acontecimiento nacional dado el fulgor avasallador que irradiaba el comandante del "Cochrane".

### LATORRE MODERNIZA LA ESCUADRA. LOS AÑOS EN EUROPA

Liquidada la guerra, Latorre emergió como la figura señera del país.

Pudo haberse orientado al campo de la política y haber ocupado los más altos destinos de la nación. Pero su temperamento modesto y fuerte vocación marinera lo impulsaban naturalmente a menospreciar honores y halagos. Habiéndose iniciado el 3 de Agosto de 1867 en la logia Unión Fraternal N° 1, que anidó en su seno a Domingo Faustino Sarmiento y otros exiliados argentinos, alcanzó el más alto cargo de Soberano Gran Comendador del Supremo Consejo, del grado 33. Sin embargo, ni en los momentos más cruciales de su existencia jamás usó de la influencia de la Orden.

Luciendo, pues, sus flamantes galones de contraalmirante, en 1884 viajó a Europa al frente de una misión destinada a reparar la escuadra y negociar la compra de material bélico que evitaría nuevas sorpresas.

Aunque tarde, Santa María había aprendido la dura lección. Sólo podría conservarse la paz en el agitado cono austral sudamericano en la medida que se contara con el poder naval necesario para hacernos respetar.

A principios de 1887 encontramos a Latorre nuevamente entre nosotros. Por breve tiempo.

Dirigía el país don José Manuel Balmaceda. Durante su misión en Buenos Aires, en pleno conflicto del Pacífico, el mandatario captó de una ojeada el verdadero pensamiento geopolítico argentino: salir por Antofagasta y cortarnos al Sur del Seno de Reloncaví, para salir al Pacífico.

Como Arturo Prat, cuando regresó de su misión confidencial en La Plata antes de su sacrificio en Iquique, Balmaceda estaba convencido de que el enfrentamiento entre ambos pueblos era cuestión de tiempo y oportunidad.

No alcanzó Latorre a deshacer sus valijas cuando el Presidente lo destinó nuevamente a Londres. Esta vez debía dirigir la construcción de los nuevos blindados "Prat", "Errázuriz" y "Pinto", de las cazatorpederas "Lynch" y "Condell" y de una flotilla de escampavías, y del correspondiente apoyo logístico.

"Necesitamos en Chile una escuadra digna de este nombre —expresó (el "Presidente) al despedirlo—, que nos mantenga en el puesto de honor y de confianza que hemos conquistado en "el Pacífico. Ningún Gobierno medianamente previsor podría olvidarse de "que nuestro porvenir está en el mar".

Europa recibió a Latorre de pie:

“Acaba de llegar a París —expresaba *Le Monde Illustré* el 20 de Noviembre de 1887— un héroe de la prolongada y sangrienta guerra en que tomaron parte tres repúblicas americanas: Perú, Bolivia y Chile. El contraalmirante chileno Juan José Latorre, se ha formado una sólida reputación de hábil marino y de táctico consumado”.

Pasaron otros cuatro duros e intensos años.

### LA HECATOMBE DE 1891. EL EXILIO

En Chile, vientos de fronda amenazaban arrasar con el país entero.

Acostumbrados por atavismo racial a hacer lo que se les da la real gana, nuestros políticos tienen una marcada tendencia a la anarquía y al desgobierno. Al cabo de 30 años, el régimen presidencial, con un gobierno fuerte, autoritario, impersonal, hacía agua por todos lados. Sus días estaban contados. Coyunturas favorables precipitaron el derrumbe final.

El conflicto fratricida de 1891 sorprendió a Latorre en Londres en plena labor. Desde hacía 13 años que no había conocido reposo; su salud estaba bastante deteriorada. Solicitó licencia, la que le fue concedida por Decreto Supremo N° 620 de 2 de Junio de ese año, por un lapso de 6 meses, con la autorización para permanecer en Europa.

El 21 de Agosto sobrevino Concón. Siete días más tarde, el 28, Placilla.

El 14 de Septiembre, las fuerzas triunfantes cursan sus primeras medidas. Latorre es separado de su cargo, privado de sus grados y honores. Ahora puede continuar indefinidamente el restablecimiento de su salud. Además, quedaba expedito el escalafón.

Continuó viviendo en el viejo continente, respetado por todos y gozando del favor personal de S.M.B. la reina Victoria, que se deleitaba haciéndole repetir una y otra vez sus hazañas de la guerra.

## SEGUNDA PARTE

### EL ESTADISTA VISIONARIO

#### LA SITUACION INTERNACIONAL DE CHILE. LA CRISIS CON ARGENTINA

Una amnistía, que el país entero exigía unánimemente, le permitió regresar al terruño.

Bajo el alero protector del partido liberal democrático, que aglutinó las fuerzas balmacedistas, en 1894 llegó al Senado de la República con una abrumadora mayoría, representando la agrupación de Valparaíso.

Fue el comienzo de una nueva etapa que había de concluir en 1906.

El prestigio jalonado por una cadena no igualada de heroicidad, y el consenso público, obligó al Presidente Errázuriz Echaurren, que debió su cargo a los liberales democráticos, a restituir a Latorre su grado y honores.

El más elemental sentido común aconsejaba aplacar las pasiones y aglutinar voluntades.

La situación internacional era asaz grave. Las sucesivas concesiones acordadas por La Moneda a la Argentina y a los vencidos de la Guerra del Pacífico, lejos de romper su aislamiento, habían estimulado peligrosamente el expansionismo de los vecinos.

La rotativa ministerial, característica de la farándula parlamentaria, conspiraba para trazar una política exterior

coherente. Apreciado a la distancia, el Chile de entonces se nos representa como un barco al garete cuyo capitán ha perdido el control sobre la caña del timón.

La violenta sangría de la guerra civil había reducido nuestro ejército a trece mil hombres, 40 mil guardias nacionales instruidos y 24 mil por movilizarse. Había vestuario para 100 mil hombres y municiones suficientes. La artillería contaba con buen número de cañones. Las fortalezas de Valparaíso y Talcahuano quedarían concluidas a mediados de Octubre de 1898. Los arsenales contaban con 80 mil rifles Mauser, 27 mil Manlicher y 30 mil carabinas. Las informaciones acumuladas permitían pensar que en un abrir y cerrar de ojos se podría poner en pie de guerra a un ejército de 150 mil hombres perfectamente dotados y adiestrados. La escuadra era la mejor de América.

Perú tenía 20 mil fusiles de distinto sistema y 3 mil carabinas. Con alguna dificultad podría armar un ejército de 20 mil hombres neófitos.

Bolivia disponía de unos 1.600 soldados sin práctica ni disciplina ni formación moral y alrededor de 6.000 rifles de modelos anticuados.

El panorama argentino no era más halagador. Sin bien tenía 160 mil fusiles Mauser, los cuadros del ejército no estaban completos y para llenarlos debieron utilizar, como recurso desesperado, el sistema de pagar 200 pesos a cada hombre que firmara contrato de enganche. Tan angustiada era la situación que cuando se cumplían las licencias la superioridad del ejército se resistía a darlos de baja, debido a la escasez de soldados. Un ejército organizado sobre bases espirituales tan febles no era el más indicado para ganar una guerra.

Desde Buenos Aires, el plenipotenciario de Chile Joaquín Walker Martínez, uno de los pocos que ha visto hondo la realidad, informaba a Santiago el 25 de Febrero de 1898: "El Gobierno argentino se lanza, pues, señor Ministro, de una manera decidida, resuelta, enérgica, a aumentar sus armamentos terrestres y navales y entra con tesón a preparar la movilización y equipo de un gran ejército".

El gobierno de la Casa Rosada, sin embargo, pasaba por momentos financieros angustiosos. Para salir de compromisos impostergables estaba contratando un empréstito por 20 millones de pesos moneda nacional. Con estos fondos pensaba adquirir el acorazado "Varesse", cuyo valor al contado ascendía a 3 millones 300 mil pesos oro. El país estaba en absoluta falencia. A los 60 millones de pesos de deudas exigibles al finalizar el ejercicio de 1897, había que agregar 4 millones 400 mil, los que debieron invertirse extraordinariamente en combatir la plaga de langostas que había assolado los campos. En este recuento no se consideran los gastos militares, que ascendían a sumas astronómicas. La tropa y la oficialidad estaban impagas desde hacía largo tiempo. Para subsistir tenían que entregarse en brazos de usureros.

El problema limítrofe había alcanzado a su punto de ebullición.

Pasando por encima del Tratado de 1881, el gabinete de Buenos Aires sostenía que la línea fronteriza debía pasar por las cumbres más eminentes de los Andes. Esta tesis le permitía contar al fin con puertos en el Pacífico, al Sur del Reloncaví.

La Moneda alegaba que la traza, definida científicamente, debía unir las más altas preeminencias de los Andes, que separan las aguas que se vacían a

uno y otro océano, asignándose, por ende, los mejores valles cordilleranos.

Además, la línea diseñada en la Isla Grande de la Tierra del Fuego cortaba el bolsón del Seno de San Sebastián, otorgando a Chile costas en el litoral Atlántico.

Redactado entre gallos y medianoche, en medio de un clima que respiraba olor a pólvora, el Protocolo de 1893 no logró superar sino temporalmente la crisis. Fue algo así como un breve descanso para que los contendientes tomaran aliento para renovar la lucha sorda y tenaz.

Por el acuerdo, como en ocasiones anteriores, la diplomacia rioplatense logró, a costa de la ingenuidad de La Moneda, correr al Poniente la traza fueguina, obteniendo 770 Km<sup>2</sup> más.

Las discusiones entre los peritos fueron subiendo peligrosamente de tono, llegando a las columnas de la prensa.

Las posibilidades de un arreglo pacífico se esfumaban como pompas de jabón.

### LATORRE CANCELLER. SU GOLPE DE VISTA

Tal era el panorama cuando, el 14 de Abril de 1898, el almirante Latorre fue llamado a ocupar la cartera de Relaciones Exteriores en el gabinete organizado por don Carlos Walker Martínez, primo de nuestro representante en La Plata.

Aunque ajeno a las prácticas diplomáticas, Latorre se desplazó como en terreno propio con el espíritu práctico, golpe de vista estratégico y decisión que caracterizaron todas sus actuaciones.

De una ojeada apreció en su verdadero valor los informes de Joaquín Walker Martínez y la experiencia e instin-

to político de su subsecretario Eduardo Phillips Hunneus, quien también había penetrado el verdadero pensamiento argentino. No ocultó la cabeza como el avestruz ni se recogió como el caracol en su concha, en un ingenuo intento de soslayar el peligro, como lo habían hecho sus antecesores y lo harían sus sucesores. Como en Iquique y Angamos, enfrentó la realidad. No era partidario de la guerra, pero no eludía la responsabilidad del estadista que debe velar por la tranquilidad de su patria y la integridad de su territorio, que no puede ser menoscabado ni aun a riesgo de quebrantar la paz.

En corto plazo reunió en su escritorio numerosos informes que revelan un revolucionario concepto de cómo deben manejarse las relaciones exteriores. Reseñamos someramente algunos acápites: "Rasgos estratégicos del Estrecho de Magallanes"; "De la movilización y plan general de las operaciones"; "Probable situación del enemigo"; "Primera base de operación actual o permanente: Buenos Aires y La Plata"; "Segunda base de operaciones probables o secundarias: Golfo Nuevo, Punta Río Santa Cruz, Río Gallegos y Ushuaia"; "En el Pacífico: El Callao y Arica".

Latorre se percató que sólo quedaba un camino viable: el arbitraje.

Empero, para evitar una ruptura violenta aceptó participar con el representante argentino ante La Moneda y los peritos, en una reunión que tendría por finalidad definir posiciones, pero que en el fondo la propiciaba Argentina con ánimo de ganar tiempo mientras aumentaba su poder naval. El encuentro tuvo lugar en el Palacio de Toesca el 14 de Mayo. Como era de esperarlo, no tuvo los resultados apetecidos.

"Desde entonces —le confidenció Latorre con el alma quebrantada a Joaquín Walker— me asaltan con per-

“sistencia las mismas dudas que siempre “he tenido respecto a la buena fe de “nuestros vecinos en sus manejos con “mi país”.

En La Plata las cosas no andaban mejor. Tanto las gestiones privadas como oficiales de Walker para arribar a un arreglo definitivo eran recibidas con marcada frialdad. El 8 de Junio el agente chileno le informaba a Latorre, por cable en clave:

“Solicitud nuestra por buscar arreglo empieza a ser depresiva, pues no se “corresponde a ella. Creo que debemos “hacer actos que revelen energía en vez “de continuar gestiones que se desentendían con amabilidad, pero obstinadamente. Iniciar gestión oficial a “creencia cierta de que no será aceptada no se justificará sino con el propósito de dejar constancia de la negativa “para fines ulteriores. Debe US comprometerse del convencimiento de que no “existen en el Gobierno Argentino los “mismos propósitos que en el nuestro. “Nuestras cuestiones de límites no se “arreglarán, si llegan a arreglarse, sino “por temor a las consecuencias de una “guerra: en manera alguna porque se “ponga de parte de este país el menor “esfuerzo para propender a crear a las “dos Repúblicas un porvenir armónico “de relaciones e intereses”.

### EL PLAN ESTRATEGICO DE LATORRE

El giro que iban tomando las negociaciones formaron en Latorre el íntimo convencimiento de que debía prepararse para hacer frente al choque armado, cuando Argentina se negara a acudir al arbitraje o intentara eludirlo indefinidamente. Discurriendo sobre esta base, el 3 de Julio cablegrafió a Domingo Gana, que desempeñaba la plenipotencia en Gran Bretaña:

“Cuestión de límites atraviesa situación difícil, necesitamos solución

“próxima. La queremos y la buscamos “pacífica; pero tememos que la Argentina la dificulte esperando nuevos “armamentos. Exigiremos luego sometimiento litigio al árbitro. Si Argentina “demora o excusa respuesta, ocurriremos por nuestra parte al árbitro, al “cual queremos, desde luego, dar amplia intervención como única garantía “de paz. Prepare caminos para que “petición tenga decidida acogida de ese “gobierno, pues, de otro modo, rompimiento podría ser inevitable”.

Simultáneamente, por medio de tercera persona y con la reserva y prudencia del caso, el Canciller inició un movimiento de opinión en el alto comercio extranjero, especialmente el inglés, de Valparaíso, con resultados francamente halagadores.

A los pocos días los miembros más conspicuos de la colectividad británica, reunidos en pleno, acordaron hacer llegar al ministro inglés acreditado ante La Moneda una presentación escrita, solicitándole su mediación para que se zanjaran las dificultades surgidas en el proceso limítrofe.

Sin sospechar el origen del movimiento, el Sr. Gosling se apersonó ante el almirante Latorre solicitándole su venia para iniciar una gestión.

El sagaz marino lo escuchó atentamente. Sin avanzar opinión personal alguna, se limitó a expresarle que la decisión de la colectividad británica le parecía extraordinariamente beneficiosa para la conservación de la paz.

Continuando con su plan, días más tarde, y dándole caracteres de infidencia, el canciller hizo publicar el Memorial, dando paso a los naturales comentarios en favor de una solución armónica, tanto de la prensa nacional como extranjera.

Para neutralizar una eventual entente argentino-peruano-boliviana, el héroe de Angamos buscó contrarrestarla con otra que uniera los intereses de Ecuador, Paraguay y Uruguay.

Simultáneamente, impartió instrucciones a su ministro en Alemania, Ramón Subercaseaux, para que intentara por todos los medios desbaratar los planes argentinos tendientes a adquirir material bélico en Europa.

Pero, en el fondo, el almirante se había formado la convicción de que sólo con un golpe de audacia podría arrancar al gobierno de Buenos Aires el asentimiento tan anhelado. La presentación de la Memoria de la labor realizada por el departamento a su cargo, a la consideración del Congreso Nacional, le brindó la oportunidad. Al exponer las dificultades suscitadas recalcó que su gobierno estaba empeñado en alcanzar la solución arbitral que la Casa Rosada entorpecía.

Habituados los argentinos a tratar con ministros y diplomáticos débiles y pacatos, las afirmaciones de Latorre cayeron como bomba en el caldeado ambiente bonaerense. Irritada hasta la exasperación, la opinión pública se volcó en violentos editoriales de prensa, intentando rectificar y desautorizar aquellas afirmaciones.

Afectado directamente, el perito argentino Moreno, en una apasionada entrevista a "La Prensa", intentó demostrar la eficacia de sus gestiones. A su juicio, la lenidad y lentitud del perito Barros Arana habían impedido concretar un acuerdo.

A modo de escueta respuesta, Joaquín Walker se limitó a publicar la nómina completa de los hitos propuestos por Chile. Acto seguido, el 18 de Junio propuso a Latorre diera un ultimátum a la Argentina, colocándola en

la disyuntiva de aceptar o rechazar el arbitraje.

Tampoco el representante bonaerense en Santiago perdía el tiempo. El 20 de Junio pasó una nota formulando alcances a la Memoria de relaciones exteriores.

Siguiendo el consejo de Walker y resuelto a poner fin a las evasivas, Latorre le contestó que debían someterse a arbitraje las disidencias producidas.

A esta altura, el almirante había perdido sus últimos restos de optimismo. Dejando traslucir su amargura, el 1º de Julio le escribía a Alberto Blest Gana, que tenía a su cargo la legación en París:

"No me hago la ilusión de que ese momento (el de arreglo de la cuestión "límitrofe) esté próximo, y mis esperanzas se desvanecen en gran parte "cuando observo el rumbo que nuestros vecinos imprimen a la situación "y el sesgo irritante que tiene para "nosotros el empeño y continuidad con "que perseveran en aumentar sus armamentos y elementos bélicos de todo "orden. Me parece, pues, que pasaré yo "y otros hombres por esta Cancillería "antes de encontrar el medio de concluir con un arreglo decoroso, que es "el vivo anhelo de los chilenos".

El 18 de Julio le confidenciaba a Joaquín Walker:

"Después de todo lo que usted nos "ha transmitido, queda más que nunca "arraigado en mí el convencimiento de "que nuestros vecinos quieren la guerra "a todo trance con nosotros, y que nos "la harán cuando se consideren en superiores condiciones, salvo que una causal extraordinaria, como sería una "intervención europea, impidiera. . . "Esto no obstante, como ese convencimiento mío se encuentra en pugna con

“el de la mayor parte de la gente de peso de nuestra tierra, pienso a menudo si ellos tendrán razón o si seré yo quien raciocina con poco fundamento, sobre todo cuando analizo la sinrazón de una guerra semejante”.

El 30 de Julio Walker lo alentaba:

“Le ruego siga sus inspiraciones, que son las justas. Con firmeza y calma se puede hoy colocar la cuestión muy claramente para despejarla de todas dudas y facilitar su término o una mediación, como la de que me habla en su carta. Piense, Almirante, en su responsabilidad de marino. ¿Puede prescindir de tomar en cuenta los tres buques que recibirá luego este país? Solamente si tuviera seguridades de acuerdo se justificaría que lo olvidara. Y yo, su representante aquí, le declaro que no existen esas seguridades y que mi convicción es la contraria”.

#### LATORRE PROYECTA UN ULTIMATUM. LA DEBILIDAD DEL PRESIDENTE ERRAZURIZ ECHAUREN

Latorre creyó llegado el momento de actuar decididamente. En la sesión secreta del 31 de Julio expresó al Senado:

“Hay el propósito de pasar una nota al Gobierno argentino preguntándole si acepta las teorías y doctrinas sustentadas por su perito en las conferencias celebradas con el nuestro. Si el Gobierno argentino sostiene o acepta lo que diga el Sr. Moreno, el Gobierno de Chile declarará, por su parte, que da por terminada la discusión y que, en virtud de las facultades que le da el artículo 4° ó 5° del tratado de 1896, recurrirá desde luego al Gobierno de Su Majestad Británica, en demanda del arbitraje”. Era el ultimátum.

Sin embargo, no pudo por el momento cumplir sus designios, frenado

por el Presidente Errázuriz, que comenzaba a sentir debilitadas sus energías y vivía presa del terror de la guerra. El mandatario no quería envenenar más el ambiente, en espera del resultado de la reunión de los peritos, que tendría lugar en Agosto de 1898, y de la cual esperaba positivos resultados. En vano se le representó que el cúmulo de antecedentes reunidos por Phillips, Walker y por el mismo Latorre demostraban hasta la saciedad que los gobernantes de Buenos Aires pretendían prolongar ficticiamente las negociaciones, para “ganar tiempo” y alcanzar a recibir los blindados e imponer su voluntad. Desesperado, Walker instaba a Latorre:

“Usted conoce lo que valen dos acorazados más, 36 cañones de grueso calibre más, en el equilibrio de escuadras pequeñas. Después, nuestros hombres de peso raciocinarán prácticamente: no conviene combatir con desigualdad por tierras desoladas. Y cederemos y apareceremos ante el mundo como tinterillos de mala fe que hicieron la parada por si cuajaba. . . Esta perspectiva, Almirante, es la que me saca de quicio. De allí mi empeño por ponerles a la vista lo que pasa aquí y que no creen y les hace considerar-me un perturbado. No piensa así usted, como lo dice en su carta; pero sus compañeros de gobierno lo piensan y yo quiero sacudirme de esa enorme responsabilidad. Hoy es seguro el triunfo de Chile. Una campaña marítima terminaría la contienda. En tres meses más las probabilidades en el mar nos serán contrarias y tendremos que atender simultáneamente a la defensa del territorio guardado hoy por las nieves. Y esto no quiere decir que resolvamos la guerra, sino que debemos exigir aquello a que tenemos derecho por espíritu de conservación. Por pedir seguridades de paz no vendrá la guerra, sino en caso de que esté

“resuelta y que sea inevitable, y en tal caso su precipitación nos conviene”.

La desesperación del canciller no le iba en zaga. La debilidad de Errázuriz y las noticias divulgadas en Buenos Aires por los agentes peruanos y bolivianos, sobre la precaria situación económica de Chile, habían determinado en la cancillería argentina un brusco viraje, tornándola más fuerte, autoritaria y soberbia. Las hostilidades y vejámenes a los chilenos residentes en Neuquén (Patagonia) fueron día a día aumentando en un *crescendo* dramático. Las reclamaciones de Walker no sólo no fueron atendidas, sino que ni siquiera merecieron un acuse recibo.

Tal era el ambiente reinante el 29 de Agosto de 1898, día fijado para la primera conferencia entre los peritos. Las intenciones de Moreno no eran otras que dilatar la solución final, tal como lo había previsto Walker. El Presidente Errázuriz, presa del terror a la guerra, pasando por alto los órganos normales de la cancillería, comenzó a entenderse secretamente con Moreno en casa de su condiscípulo José Toribio Medina, quien por feliz coincidencia había vivido durante su exilio en 1891 en el Museo de La Plata, del cual el perito era director.

En el curso de estas reuniones se acordó idear una fórmula de arbitraje simulado para ceder la Puna de Atacama a la Argentina, sin provocar reacciones en Chile.

## EL ULTIMATUM: EL ARBITRAJE O LA GUERRA

Alentado con la seguridad de una solución favorable a la Argentina, Moreno endureció sus negativas ante las exigencias de su colega chileno de reducir a escrito los puntos de acuerdo y de disidencia.

El 10 de Septiembre Barros declaró terminadas las conferencias. Comprendiendo las graves consecuencias que traería la escisión de los peritos, el día 12 Piñero se acercó a Latorre para iniciar gestiones tendientes a buscar un medio de arreglo. Convencido de la conveniencia de precipitar el arbitraje amplio e inmediato, el almirante resolvió amparar la línea propuesta por Barros.

Esa noche debía llevarse a cabo una reunión de notables en La Moneda, para estudiar la línea de acción.

Utilizando de pretexto el deseo de imponerse de las gestiones periciales, Latorre citó al diplomático para el día siguiente. Dos tendencias se bosquejaron en forma nítida en el seno de la asamblea. El ministro de Industrias, Emilio Bello Codesido, fue partidario de exigir el arbitraje inmediato, para anticiparse a un rompimiento armado. Ante el asombro de todos, Pedro Montt intentó demostrar que eran infundados los temores de un conflicto. A su juicio, la Casa Rosada estaba animada de los mejores propósitos. Su fuerte ascendiente sobre el Presidente Errázuriz movió al mandatario a inclinarse aunque veladamente hacia este criterio. A la postre, predominó la idea de procurar el arbitraje sin salirse de los marcos estipulados por los tratados.

Para el 13 de Septiembre, Latorre ya tenía adoptada su decisión. Cerrando el camino a los arreglos directos que el plenipotenciario de La Plata buscaba con persistencia, le declaró con energía que amparaba la línea de Barros. La audiencia concluyó sin arribar a ningún acuerdo. Los rumores de guerra aumentaban por momentos. Errázuriz deseaba intervenir, pero no se atrevía, pues la prensa opositora seguía sus pasos de cerca. Sin cejar un momento, Joaquín Walker le informaba a Latorre el 15 de Septiembre:

“Desde que se produjo el rompimiento de las negociaciones tramitadas entre los peritos, no hay más preocupación en este país que la guerra. Estamos a merced de este país, que nos llevará o no a la guerra, según sea la cuenta que haga de sus ventajas para vencernos”.

Latorre se puso entonces a estudiar la situación. En rápida composición de lugar desfilaron por su mente los informes y cartas reservadas de Walker, que le pintaban con rasgos crudos y reales la política de evasivas de la Casa Rosada, mientras activaba su potencial bélico. Del mismo modo afloraron al recuerdo las reiteradas exhortaciones de Eduardo Phillips, que apoyaba incansable la línea de firmeza trazada por el ministro en Buenos Aires. Aunque viejo lobo de mar, educado en las inclemencias de un elemento hostil, Latorre, sin embargo, no era partidario de los medios violentos. Pero, empujado por los acontecimientos, tuvo que armarse de coraje y hacer frente a la tormenta, lanzando por la borda el peso muerto de las intenciones pacíficas. O se ponía término a la era de incertidumbres o se iba a la hecatombe.

Cuando llegó el 19 de Septiembre, día fijado para la nueva entrevista con Piñero, ya había tomado el partido a seguir. No bien hubo concluido el agente trasandino su exposición, el almirante, con frialdad glacial, le respondió:

“Señor Piñero, la declaración final que usted me hace me obliga a plantearle una cuestión previa que necesito me sea absuelta sin demora: el Gobierno de Chile, como he tenido ocasión de manifestárselo a usted en una nota oficial, y como todavía, se lo repito, entiende que el arbitraje es amplio y sin restricciones, por lo mismo que no abriga temor alguno respecto a la bon-

dad de su causa. Procediendo así, resguarda todavía el decoro del árbitro mismo, a quien no sería posible designarlo para desempeñar un papel restringido”.

La sorpresa del negociador argentino no conoció límites. No estaba en sus planes una reacción tan inexplicable en una cancillería a la que se había manejado con relativa facilidad.

Días más tarde Latorre informaba a Walker:

“Ante semejante rociada, el pobre caballero se manifestó muy confuso y en realidad nada me contestaba, aparte de que le parecía que, colocado el asunto en ese terreno, podía ofrecer gran peligro. A esta observación le contesté que, ya que no me daba respuesta a lo pedido en nombre de mi gobierno, me limitaría a pasarle una nota, dejando constancia de todo lo ocurrido en las conferencias y reitándole lo relativo a la declaración de su Gobierno, de la que necesitaba imponerme antes de seguir adelante; y, poniéndome de pie, le pedí que me dejase el memorándum, que me entregó. Viéndome de pie, hizo otro tanto—después de un momento— y se despidió de mí retirándose un poco mohíno”.

## EL TRIUNFO DE LATORRE: ARGENTINA ACEPTA EL ARBITRAJE

Esa misma tarde, Latorre se dirigió a Viña del Mar a pasar el fin de semana, perdida la esperanza de que se produjera un desenlace pacífico. A su vuelta a Santiago la situación había experimentado un reviramiento total. Previo cambio de cables con su gobierno, el agente de La Plata acudió al despacho del Presidente para manifestarle que estaba autorizado para firmar el arbitraje, en la forma que deseaba Chile. Accediendo a los deseos de Piñero, Errázuriz aceptó eliminar la cuestión de la Puna de Ata-

cama para concluir cuanto antes las incidencias. Después de una extenuante reunión de más de 7 horas, el 22 de Septiembre se elaboraron las actas respectivas. Los rumores de la guerra se disiparon como por encanto. El ultimátum de Latorre, insinuado por Walker, había surtido todos sus efectos.

Con el mejor humor, el canciller le escribía a su mujer el 23 de Septiembre:

“Quiero creer que este desenlace lo ha precipitado mi manera de charlar con el ministro argentino”.

## EL FINAL. LOS ULTIMOS DIAS

Alejado el fantasma de la guerra, Errázuriz trató de desprenderse de sus colaboradores, como 25 años antes su padre lo había hecho con Adolfo Ibáñez en idénticas circunstancias.

Habilísimo *metteur en scène*, no le fue difícil al mandatario hallar en los mismos acuerdos recién labrados la coyuntura favorable. Era imprescindible enviar a Inglaterra un grupo seleccionado de funcionarios que reforzaran la defensa de Chile en el juicio arbitral.

El 10 de Octubre Phillips emprendía viaje a Londres.

Alejado del escenario el principal inspirador del canciller, el Presidente no tuvo dificultades para imponer a Latorre, como fórmula arbitral para resolver el dominio sobre la Puna de Atacama, la designación de una comisión de 5 argentinos, los que en unión de 5 chilenos y del representante de Estados Unidos en Buenos Aires decidirían por mayoría de votos el destino de la sección atacameña. Era la fórmula ideada por Moreno en las reuniones secretas en la casa de Medina.

Sin penetrar la trama, el almirante aceptó de buena fe la solución.

El 2 de Noviembre de 1898, Latorre firmó las actas respectivas con el representante argentino.

Tal como se había previsto, el laudo arbitral entregó a la Argentina las tres cuartas partes de la Puna, 60.000 Km<sup>2</sup> más, facilitando los planes argentinos de redondear las fronteras de la provincia de Salta.

El miedo a la guerra precipitó a Errázuriz en Brazos de la Casa Rosada, aventando la obra de Latorre. Careció de la penetración necesaria en todo estadista para comprender que las cesiones territoriales y de posiciones geoestratégicas no habían solucionado las diferencias con la República Argentina, que ve detrás de estas entregas no el espíritu altruista y de confraternidad americana que la ignorancia e ingenuidad ha permitido eche profundas raíces en el alma de los gobernantes chilenos, sino el temor a su potencial bélico.

Escapó a su sagacidad de “huaso colchaguino”, de que tanto se vanagloriaba, el fenómeno psicológico que informa la situación de Chile en el hemisferio meridional, y que por aquellos días aparecía con caracteres tan nítidos que podía percibirlos el menos docto.

El 18 de Noviembre de 1898, Latorre presentó la renuncia a su cargo.

El 7 de Diciembre concurrió a su despacho por última vez.

Se retiró a vivir a Viña del Mar, desde donde podía contemplar el inconmensurable Océano Pacífico, escenario de sus días de gloria.

El 9 de Julio de 1912 (15) cerró sus ojos rodeado del cariño de un pueblo que sabe amar a sus hombres de valer. Lo que no pudo la metralla enemiga ni el arrojado suicida del valeroso héroe de Angamos, una diabetes persistente abatió en pocos años. Pero ni la cruel gangrena, que corroía lenta pero



VICEALMIRANTE JUAN JOSE LATORRE BENAVENTE

inexorablemente su organismo, logró doblegar su carácter de acero. Como en Chipana y Angamos, enfrentó impasible su destino aciago. Con la vista puesta en la eternidad, tuvo ánimo para disponer que los dineros de las ofrendas florales, dispuestas para después de su muerte, se consagraran para las obras de la Junta de Beneficencia, de la cual había sido su entusiasta propulsor.

Sus restos fueron trasladados al mausoleo de su suegro don José Antonio Moreno, cuyo espíritu de esfuerzo había permitido que la presencia de Chile se proyectara hasta las mismas márgenes del Loa.

Su esposa le sobrevivió 14 años. Cansada de una ininterrumpida cadena de adversidades que la habían castigado

desde su más tierna infancia, su corazón dejó de latir el 19 de Junio de 1926, en su residencia viñamarina, plena de recuerdos y evocaciones. Se diría, había vivido lo suficiente para presenciar la glorificación de su amado esposo.

"La señora Moreno de Latorre"—expresó El Mercurio de Valparaíso el "día de su deceso— pasó siempre en "vida de su ilustre esposo, y después de "su muerte, retirada de la vida mundana, prefiriendo hacer el bien con sus "dádivas, sin ostentación, por lo que "siempre fue querida y justamente "apreciada por los pobres que ella protegía. Acompañó en sus glorias y sin "sabores a su marido, por cuya memoria sintió junto con sus hijos la más "grande y absoluta veneración".

## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

- ( 1 ) Parroquia del Sagrario, Libro N° 47 de Bautismos, foja 51.
- ( 2 ) *El Araucano*, 9 de Octubre de 1840.
- ( 3 ) Parroquia Matriz del Salvador, Libro N° 6 de Matrimonios, foja 221.
- ( 4 ) Parroquia de los Doce Apóstoles, Valparaíso, Libro N° 8 de Defunciones, foja 57.
- ( 5 ) Ministerio de Marina, sumarios y procesos, 1832-1881, página 28 (Archivo Nacional de Santiago).
- ( 6 ) *El Mercurio* de Valparaíso, 20 de Octubre de 1879.
- ( 7 ) *El Mercurio* de Valparaíso, 20 de Octubre de 1879.
- ( 8 ) El "Huáscar" desarrollaba 11,25 nudos; la "Unión" 13,5; el "Blanco" 9,5; la "Covadonga" 7; el "Matías Cousiño" 6; el "Cochrane" 12, y el "Loa" y el "O'Higgins" 10,5 nudos aproximadamente.
- ( 9 ) Declaraciones de Latorre y Vicente Merino Jarpa.  
**Nota de la Dirección: En todo caso, confrontar con el artículo "Galvarino Riveros Cárdenas. Hijo Ilustre de Chiloé", de David Maham Marchese, Revista de Marina N° 5/80.**
- (10) Parroquia de Nuestra Señora del Rosario de Copiapó, Libro N° 8 de Matrimonios, foja 28.
- (11) Parroquia de Nuestra Señora del Rosario, Copiapó, Libro 6 foja 88 vuelta de Matrimonios.
- (12) B. Vicuña Mackenna, "El libro del Cobre y del carbón de piedra".
- (13) Parroquia del Salvador de Valparaíso, Libro 13 foja 610 de Matrimonios; Parroquia San Vicente de Paul, Caldera, Libro 1 foja 150 de Matrimonios; Parroquia Santa Ana, Santiago, Libro 7 foja 3 de Entierros.
- (14) Parroquia de Nuestra Señora del Rosario, Copiapó, Libro de Matrimonios N° 9, foja 350.
- (15) Registro Civil de Santiago, Recoleta, Libro de Defunciones, año 1912, inscripción 2453, y año 1926 inscripción 2151.

